

## LA ECONOMIA ASTURIANA, CLARIN Y «LA REGENTA»

Rafael ANES ALVAREZ

El objeto de este trabajo es analizar el panorama de la economía asturiana que presenta la obra literaria de Leopoldo Alas (Clarín), en especial *La Regenta*. Clarín, preocupado por los problemas políticos, religiosos y sociales de la España del último tercio del siglo XIX, parece también lógico que se preocupase por las cuestiones referentes a la economía asturiana y que en su obra se encuentre, al menos, alguna referencia a ella.

Cuando Clarín escribe *La Regenta*, la economía asturiana había perdido ya la supremacía en la producción siderúrgica que mantuvo durante veinte años y no podía competir con Vizcaya. La pérdida de esa posición, en la que el hierro asturiano resultaba a costes más bajos, se debió a la difusión de un procedimiento técnico para la obtención de acero, el convertidor Bessemer, que necesitaba menos combustible, y a que las fábricas del Principado no habían podido alcanzar un tamaño grande, una escala de producción que permitiese reducir los costes medios. Las causas de esto fueron que el principal demandante de productos de hierro, el ferrocarril, se proveía en el extranjero, por estar esos productos libres del pago de derechos arancelarios, el no haber superado los obstáculos al transporte, por falta de ferrocarriles y puerto adecuados, y no tener la región asturiana capacidad importadora suficiente para que bajasen los fletes. Al no poder competir con la industria siderúrgica vasca, los empresarios centrarán su atención en la minería de la hulla, intensificando y extendiendo las explotaciones mineras, no sólo en la cuenca del Nalón, sino también en la del Caudal, con posibilidades nuevas desde 1884, al concluirse el ferrocarril Madrid-Gijón.

Ese primer desarrollo industrial de Asturias, basado en el carbón de la región, conllevó la tendencia de la población a concentrarse en los municipios de la zona central del Principado. Concentración de la población en núcleos urbanos, que hizo comenzarse a cambiar la orientación de la producción agraria, con aumento de la ganadería lechera y disminución de las tierras dedicadas a cereales, excepto el maíz, por necesidad de más tierras para pastos y forrajes. Esa orientación hacia la

ganadería de leche hizo que disminuyese la necesidad de mano de obra en el campo, que no absorbía los aumentos de población, y al no encontrar esa población puestos de trabajo suficientes en la minería, la industria y los servicios, o no considerarlos con incentivos bastantes, tiene una razón más para tomar el camino de la emigración a América, emigración que comienza a ser cuantitativamente grande a partir de la década de 1880.

No creo se pueda sostener que en la obra de Clarín hay tratamiento del desarrollo industrial y sus consecuencias, pero sí se encuentran referencias suficientes a ese desarrollo industrial. Esas referencias existen sobre la minería, las fábricas, los obreros, el ferrocarril, el comercio, la agricultura y la ganadería, y la emigración y, sobre todo, algunos efectos de esa emigración.

Es en el último tercio del siglo XVIII cuando en el Principado se toma conciencia de la existencia de carbón y se piensa que ese recurso natural puede dar posibilidades nuevas a su economía. No obstante habrá que esperar a la segunda mitad del siglo XIX para que, con la instalación de centros siderúrgicos, comience realmente su aprovechamiento. Empieza entonces a configurarse una estructura productiva nueva, a cambiar el paisaje y a aumentar el nivel medio de renta, complementándose el trabajo en el campo con el trabajo en las minas. Así nos lo describe Clarín: «En Mataralejo, en su tierra, Paula Raíces vivió muchos años al lado de las minas de carbón en que trabajaba su padre, un miserable labrador que ganaba la vida cultivando una mala tierra de maíz y patatas, y con la ayuda de un jornal. Aquellos hombres que salían de las cuevas negras, sudando carbón y con los ojos hinchados, adustos, blasfemos como demonios, manejaban más plata entre los dedos sucios que los campesinos que removían la tierra en la superficie de los campos y segaban y amontonaban la yerba de los prados frescos y floridos. El dinero estaba en las entrañas de la tierra; había que cavar hondo para sacar provecho» (1). Le parece, sin embargo, que el aprovechamiento del recurso natural que la región tiene no ha sido pleno. Ese sentido parece se le puede dar a las palabras siguientes: «Ha dicho Rousseau que la filosofía más difícil es la filosofía de lo que tenemos más cerca y vemos todos los días. Por eso los asturianos no hemos comprendido hasta ahora la *crematística* que nos está enseñando el suelo de Asturias. El suelo y el subsuelo. El sabio, el pensador, oye voces subterráneas de las minas que gritan iriqueza!, iriqueza!» (2).

No hay referencias en la obra de Clarín, referencias precisas, a la industria siderúrgica que aprovecha el carbón asturiano. Sí las hay a la industria en general y a los obreros de las fábricas. Respecto a la primera, valgan las palabras del ex alcalde Foja, tachado de usurero, cuando dice: «Yo empleo mi capital honradamente, y ayudo al empresario, al trabajador; soy uno de los agentes de la industria y recojo la natural ganancia» (3). Y en cuanto a los segundos, como al Magistral, desde la torre de la Catedral, «el humo y los silbidos de la fábrica le hacían dirigir miradas recelosas al Campo del Sol; allí vivían los rebeldes; los trabajadores sucios, negros por el carbón y el hierro amasados con sudor; los que escuchaban con la boca abierta a los energúmenos que les predicaban igualdad, federación, reparto, mil absurdos» (4). Ahí, «donde se amontonaba la plebe vetustense, demasiado pobre para habitar las barriadas nuevas allá abajo, en el Campo

del Sol, al Sudeste, donde la Fábrica Vieja levantaba sus augustas chimeneas en rededor de las cuales un pueblo de obreros había surgido» (5). También se describe «El boulevard» o «Calle del Triunfo de 1836», donde, «al anochecer, hora en que dejaban el trabajo los obreros, se convertía aquella acera en paseo donde era difícil andar sin pararse a cada tres pasos. Costureras, chalequeras, planchadoras, ribeteadoras, cigarreras, fosforeras, y armeros, zapateros, sastres, carpinteros y hasta albañiles y canteros, sin contar otras muchas clases de industriales, se daban cita bajo las acacias del Triunfo» (6).

En *Su único hijo*, hay pasajes relativos al proyecto de una fábrica de productos químicos, proyecto que el alemán Körner presenta a Nepomuceno, quien «llegó a creerse enamorado del proyecto; no podía menos de producir montones de oro aquella fábrica, que, sin salir de los planos, ya le tenía a él la *química orgánica* en revolución, y le convertía en minutos las breves horas de aquellas interesantes explicaciones. Quedan el alemán y el español en que no faltaba más que dinero para que el proyecto colosal se pusiera en práctica y marchara como una seda. Faltaba dinero..., pero ya parecería» (7). Se trataba de unirse «a la causa de la industria que con tanto calor defendían los periódicos de intereses morales y materiales de la localidad». Con el fin de que la instalación fuese moderna, «Körner hizo un viaje a Alemania por cuenta de la nueva sociedad de *Productos químicos*, para traer todas las noticias y encargar todo el material necesario para la fábrica, cuya construcción y explotación debía de dirigir él mismo. En cuanto a pagar todos estos gastos, ya se sabía: el mermado caudal de la abogada Valcárcel corría con todos los desembolsos, o con casi todos; pues, por disimular, también en este negocio se ofrecieron acciones a unos cuantos amigos y parientes» (8). La sociedad que llevó a cabo la instalación y explotación, no tuvo el éxito esperado, pero sí logró la experiencia suficiente para emprender otras actividades, también en el campo de la química, con futuro mucho más esperanzador: «Tímidamente Bonis se atrevió a proponer a Körner y al tío que le llevaran consigo a ver la fábrica, que estaba a una legua de carretera llena de baches. Nadie sospechó que el viaje fuera malicioso, un espionaje. La ineptitud de Bonis para toda clase de negocio serio, industrial, económico, era tal, que oía hablar al tío y al alemán como si fuera griego todo lo que decían. Hablaban en su presencia del mal estado del *negocio antiguo* sin que comprendiera palabra. El negocio nuevo era otra cosa... La fábrica de productos químicos languidecía; lo de sacarles a las algas sustancia se había abandonado casi por completo; en *teoría*, el negocio era infalible; en la *práctica*, una calamidad. No se abandonaba por completo por tesón. El material adquirido, a costa de grandes e improductivos sacrificios, de los *fondos Valcárcel*, se empleaba en otras aplicaciones de tanteos aventurados, locos, desde el punto de vista económico; en pruebas que le servían a Körner para ensayar las novedades que veía en los periódicos técnicos, pero que en el comercio, en el triste comercio español, sobre todo en aquel rincón de España, sin ferrocarril todavía, resultaban desastrosas, una locura... Pero la industria nueva era otra cosa. Nada de vaguedades, nada de variedad de ensayos sin contar con las salidas probables; esto otro era... una fábrica de pólvora, la primera y única por entonces en la provincia. Körner la dirigía como ingeniero, y

Nepomuceno estaba al frente de la Sociedad comanditaria que le daba el jugo crematístico» (9). Se puede pensar que el escritor tenía presente la fábrica de pólvora y dinamita de la sociedad anónima La Manjoya, o la de su antecesora, la de Thiry y Compañía, o podría ser, también, la fábrica de pólvora de la Sociedad Anónima Santa Bárbara, que en 1880 había creado José Tartiere.

Como hemos dicho, el desarrollo industrial de Asturias se vio limitado por los obstáculos al transporte, porque el nuevo medio de transporte, el ferrocarril, llegó tarde a la región asturiana, en cuanto a kilómetros de red necesarios. En la obra de Clarín se ve más al ferrocarril como medio de transporte de personas que como medio de transporte de mercancías. En las excursiones de don Víctor y Frígilis, «se salía al ser de día, en el tren correo, se llegaba a Roca Tejada una hora después, y a las diez de la noche entraban en Vetusta silenciosos» (10). En otra de ellas, comenta Frígilis, al llegar a la estación, que no hace frío, y entran «en un coche de tercera» (11). Fuera del tiempo parece estar la expedición de don Víctor «con el gobernador de la Provincia, para inaugurar el ferrocarril económico de Occidente» (12).

Respecto a la evolución del sector agrario, con especialización en la ganadería productora de leche, hay notas, más descriptivas que analíticas. Ejemplo de ello: «Empezaba el Otoño. Los prados renacían, la yerba había crecido fresca y vigorosa con las últimas lluvias de Septiembre. Los castañedos, robledales y pomares que en hondonadas y laderas se extendían sembrados por el ancho valle, se destacaban sobre prados y maizales con tonos oscuros; la paja del trigo, escaso, amarilleaba entre tanta verdura. Las casas de labranza y algunas quintas de recreo, blancas todas, esparcidas por sierra y valle, reflejaban la luz como espejos» (13). Aunque en ese texto se hace referencia a los prados y los maizales y a la escasez de otros cereales, con cultivo en retroceso, como era el caso del trigo, que se dice escaso, hay otros más especialmente concretos y precisos respecto a la ganadería: «Pepe Ronzal –alias Trabuco, no se sabe por qué– era natural de Pernueces, una aldea de la Provincia. Hijo de un ganadero rico, pudo hacer estudios» (14). O, también, el que se refiere a corporaciones de propietarios de ganado: «Don Víctor los dejó solos [a Ana y al Magistral] a eso de las seis. Le esperaban en el Gobierno Civil para una junta de ganaderos. Se trataba de traer sementales del extranjero» (15). Igualmente se encuentra noticia del comercio de ganado, de las relaciones comerciales en ese ramo, entre Asturias y Castilla: «Entraron en un coche de tercera. En su mismo banco Frígilis encontró antiguos conocidos. Eran dos ganaderos que volvían de Castilla y después de hacer noche en Vetusta buscaban el amor de su hogar allá en la aldea. Crespo, como si no hubiera en el mundo penas, ni amigos que se ahogaban en ellas, alegre, con aquel insultante regocijo que le inspiraba a él la helada en las mañanas más frías del año, frotaba las manos y hablaba del precio de las reses, y de las ventajas de la parcería» (16).

Mucho más abundantes son las referencias a la emigración y, especialmente, a algunos efectos del fenómeno migratorio. Respecto a las causas de la emigración a Ultramar, hay una indicación a causas genéricas, cuando Clarín escribe: «Estamos muy enfermos; uno de los peores síntomas es la *emigración*, efecto de muchos errores y vicios jurídicos y económicos,

causa de innumerables males» (17). Confiaba en que el desarrollo de la industria mitigase, e incluso anulase, ese mal, pues no puede tener otro sentido, refiriéndose a la explotación del subsuelo, que añada, que «Dios puso la tisana junto al veneno». En «El sustituto», señala lo costoso que resultaba librarse del servicio militar, una de las causas de la emigración, ya que el pasaje era mucho más barato: «Como no mandaban entonces los del partido de Miranda, sino sus enemigos, ni en el Ayuntamiento ni en la Diputación Provincial hubo manera de declarar a Eleuterio inútil para el servicio de las armas, pues lo de poeta lírico no era exención suficiente; el único remedio era pagar un dineral para librar al chico. Pero los tiempos eran malos; dinero contante y sonante, Dios lo diera... Y don Pedro cambió la *disyuntiva* de marras y dijo: o el desahucio o pagarme las rentas atrasadas yendo Ramón [el hijo de la viuda de Pendones, que no pagaba las rentas por las fincas que llevaba en arrendamiento] a servir al rey en lugar de Eleuterio» (18). Son, sin duda, pocas referencias y muy imprecisas respecto al fenómeno social de la emigración.

Son mucho más abundantes las notas sobre esa parte tan pequeña de emigrantes que regresaban después de haber conseguido el objetivo de hacer fortuna, aunque en ningún caso se presentan como empresarios, como inversores, sino como rentistas. Los tipos van desde el «americano» que vuelve al final de sus días, lleno de achaques, hasta el que regresa mucho más joven a instalarse y vivir con toda la opulencia que puede. El primero de los casos es el de «Pepe Francisca, D. José Gómez y Suárez en el comercio, buena firma, volvía a Prendes, su tierra, después de treinta años de ausencia; treinta años invertidos en matarse poco a poco, a fuerza de trabajo, para conseguir una gran fortuna con la que no podía hacer ahora nada de lo que él quería: curar el hígado y resucitar a Pepa Francisca de Francisquín, su madre»; «la fortuna, después de grandes luchas, acabó por sonreírle; pero él la pagaba con desdenes, porque la riqueza, que procuraba por instinto de imitación, por obedecer a las sugerencias de los suyos, no le arrancaba del corazón la melancolía. Desde Prendes le decían sus parientes: «¡No vuelvas! ¡No vuelvas todavía! ¡Más, más dinero! ¡No te queremos aquí hasta que ganes todo lo que puedas!». Y no volvía, pero no soñaba con otra cosa» (19). En el otro está «don Frutos Redondo, procedente de Matanzas con cargamento de millones. Venía dispuesto a edificar el mejor *chalet* de Vetusta, a tener los mejores coches de Vetusta, a ser diputado por Vetusta y a casarse con la mujer más guapa de Vetusta» (20). O don Francisco de Páez, que no era «el más rico americano de la Colonia; algunos millones más tenía don Frutos, pero al Vespucio de las Águilas, ni don Frutos ni san Frutos ni nadie le ponía el pie delante “tocante al rumbo” y él era el único vetustense que hacía visitas en coche y tenía lacayos de librea con galones a diario, si bien a estos lacayos jamás conseguía hacerles vestirse con la pulcritud, corrección y severidad que él había observado en los congéneres de la Corte» (21).

Son referencias al comportamiento social de esos emigrantes que habían regresado después de enriquecerse y que contribuyeron a modificar la estructura urbana, como explica Posada, al hablar de la ciudad, «en transformación ya en *La Regenta*, pues éste mi pueblo ha cambiado muchísimo sus tortuosas líneas, su estructura urbana, bajo el influjo,

primero de los “americanos” reinmigrantes, “vespucios” se decía en el casino, enriquecidos en su mayoría en Cuba y establecidos en la calle de Campomanes —obra de su dinero— y en la de Uría, y luego bajo el empuje del ferrocarril y del carbón que si enriquece, ensucia» (22). En *La Regenta* se encuentran también párrafos en los que se relatan esos cambios en la estructura urbana y el comportamiento social, además de los transcritos, de los reinmigrantes enriquecidos: «El Magistral volvía el catalejo al Noroeste, allí estaba la *Colonia*, la *Vetusta* novísima, tirada a cordel, deslumbrante de colores vivos con reflejos acerados; parecía un pájaro de los bosques de América, o una india brava adornada con plumas y cintas de tonos discordantes. Igualdad geométrica, desigualdad, anarquía cromáticas. En los tejados todos los colores del Iris como en los muros de Ecbátana; galerías de cristales robando a los edificios por todas partes la esbeltez que podía suponerseles; alardes de piedra inoportunos, solidez afectada; lujo vocinglero. La ciudad del sueño de un indiano que va mezclada con la ciudad de un usurero o de un mercader de paños o de harinas que se quedan y edifican despiertos... Los indianos de la *Colonia* que en América oyeron muy pocas misas, en *Vetusta* vuelven, como a una patria, a la piedad de sus mayores: la religión con las formas aprendidas en la infancia es para ellos una de las dulces promesas de aquella España que veían en sueños al otro lado del mar. Además los indianos no quieren nada que no sea de buen tono, que huelga a plebeyo, ni siquiera pueda recordar los orígenes humildes de la estirpe; en *Vetusta* los descreídos no son más que cuatro pillos, que no tienen sobre qué caerse muertos; todas las personas pudientes creen y practican, como se dice ahora. Páez, don Frutos Redondo, los Jacas, Antolínez, los Argumosa y otros y otros ilustres Américo Vespucios del barrio de la *Colonia* siguen escrupulosamente en lo que se les alcanza las costumbres *distinguidas* de los Corujedos, Vegallanas, Membibres, Ozores, Carraspiques y demás familias nobles de la Encimada, que se precian de muy buenos y rancios cristianos» (23).

## NOTAS

- (1) Leopoldo Alas (Clarín), *La Regenta*, t. I, Biblioteca «Arte y Letras», Barcelona, 1884, págs. 498-99.
- (2) Leopoldo Alas (Clarín), Prólogo a la obra de Eduardo González Velasco, *Tipos y bocetos de la emigración asturiana tomados del natural*, Madrid, 1880.
- (3) Leopoldo Alas (Clarín), *La Regenta*, t. I, pág. 328.
- (4) *Ibidem*, pág. 25.
- (5) *Ibidem*, pág. 23.
- (6) *Ibidem*, pág. 279.
- (7) Leopoldo Alas (Clarín), *Su único hijo*, Alianza Editorial, Madrid, 1966; pág. 160.
- (8) Leopoldo Alas (Clarín), *Su único hijo*, pág. 187.
- (9) Leopoldo Alas (Clarín), *Su único hijo*, págs. 227-28.
- (10) Leopoldo Alas (Clarín), *La Regenta*, t. II, 1885, pág. 86.
- (11) *Ibidem*, pág. 522.
- (12) *Ibidem*, pág. 123.
- (13) Leopoldo Alas (Clarín), *La Regenta*, t. I, pág. 10.
- (14) *Ibidem*, pág. 192.
- (15) Leopoldo Alas (Clarín), *La Regenta*, t. II, págs. 220-21.
- (16) *Ibidem*, t. II, pág. 522.
- (17) Leopoldo Alas (Clarín), Prólogo a la obra de Eduardo González Velasco, *Tipos y bocetos de la emigración asturiana*.
- (18) Leopoldo Alas (Clarín), «El sustituto», *Cuentos morales*, Ed. Bruguera, Barcelona, 1982, pág. 232.
- (19) Leopoldo Alas (Clarín), «Boroña», *Cuentos morales*, Ed. Bruguera, Barcelona, 1982, págs. 51-57.
- (20) Leopoldo Alas (Clarín), *La Regenta*, t. I, pág. 162.
- (21) *Ibidem*, t. I, pág. 411.
- (22) Adolfo Posada, *Leopoldo Alas «Clarín»*, Imprenta La Cruz, Oviedo, 1946, pág. 56.
- (23) Leopoldo Alas (Clarín), *La Regenta*, t. I, págs. 26-27.

